



«Todo niño, todo joven y señorita debieran poseer la ambición de entender las cuestiones públicas, y a ser posible, influir en ellas».

Calvin Coolidge, un muchacho norteamericano del tipo común, tuvo esa ambición. Cuando la oportunidad le llegó, lo halló listo para el mayor empleo del mundo.

pues, las ventajas de que antes se haya disfrutado; es urgentemente necesario continuar la instrucción y la disciplina de la mente por medio de la lectura.

Ya se sabe que hay bibliotecas públicas al alcance de todos, las que son de incalculable beneficio. Siempre es bueno informarse en ellas de las mejores obras, y para suministrar tal género de datos son indispensables. Pero una biblioteca pública, por buena que ella sea, no puede hacer parte de un hogar. Además, conocer el contenido de un libro desde la primera hasta la última página no significa haber agotado todo lo que él puede dar. Hay una íntima satisfacción en la posesión de un libro; puede estar la pasta envejecida; puede ser defectuosa la edición y haber costado muy poca cosa; o por el contrario, puede el volumen ser una obra de arte, adquirido a costa de un sacrificio; pero hay con él cierta familiaridad, cierta voz como la de un amigo que nos habla, algo que nos atrae hacia nuestro libro propio y que nunca sentimos hacia otro. Para aquellos que han experimentado el encanto de esta perfecta comunión, un libro prestado es tan deficiente como un amigo prestado.

Alguien ha dicho: «Es mejor leer mucho que muchos». Es un axioma elemental que unas pocas materias bien poseídas son para el desarrollo mental una base mucho mejor que una gran cantidad de asuntos esbozados o mal comprendidos. No hay enseñanza verdadera sin exactitud; el conocimiento requiere absoluta certeza. La sabiduría sólo resulta de la comparación cuidadosa de las diversas fuentes de información, y es por esto por lo que unos pocos libros, de los cuales ha hecho uno una parte de su ser, son más apreciables que los montones de volúmenes de lectura superficial. Cuando se lee sin comprender, lejos de ser provechosa la lectura, es perjudicial.

Hay cierta impropiedad en llamar «lectura» a la simple costumbre de leer, y como la mente busca continuamente información, hay personas que parecen acostumbradas a adquirir conocimientos por otros medios. Pero si tales personas recurren a los libros, empezando por alguno que trate de algo que les interese, ya en lo que se refiere a su ocupación, ya a la sociedad a que pertenecen o ya a la vida de un hombre notable, es del todo probable que hallarán un interés cada vez mayor que las conducirá a campos más dilatados.

Sería mucho decir que todo lo grande ha dependido del gusto por los libros; pero no es mucho asegurar que donde quiera que tal gusto ha existido ha producido notables beneficios. Y es imposible pensar en la capacidad para el desempeño de las funciones más importantes de la vida, ya públicas o privadas, con alguna satisfacción y eficiencia, sin la cultura que proviene de la familiaridad con la literatura. Nada puede suplir a la experiencia personal; el mundo necesita acción, no palabras, y el poder les será conferido a aquellos que realizan las cosas, más bien que a los que sólo han leído lo que de ellas se ha escrito; pero es lo más probable que la acción de los que leen será mucho más sabiamente dirigida y eficaz.

Los libros para el hogar deben ser elegidos con la mira de preparar al americano para el ejercicio de la ciudadanía. Estos incluirían religión, instrucción cívica y lo que generalmente se llama literatura. La biblioteca debe estar a mano, no sólo como una fuente de estudio, que proporciona conocimientos e informes, sino también entretenimiento y distracción en las horas de descanso. Para empezar, lo primero que debe elegirse son los libros para la madre, algo para su uso particular, pues ella es el centro del hogar, y a menos que ella sea capaz de penetrar en el espíritu real de los libros de lectura, es dudoso que

ella pueda impartir ese gusto a sus hijos y guiarlos en ese campo con simpatía y discreción. Probablemente hallaríamos que las madres de la mayor parte de los grandes hombres de los últimos tiempos, las madres que dieron a luz esa clase privilegiada de hombres que han contribuido a los altos y fuertes propósitos de la civilización moderna, han sido lectoras de la Biblia. ¡Qué gran cuadro del *Estudio de la Biblia* por la familia devota está presentado en *The Cotter's Saturday-Night!* (Velada del Sábado en la Choza).

Entre las novelas no hay duda que *Los Miserables* llamaría la atención de la madre; cuando se presentan ciertos problemas, como la alimentación, tan importante para el bienestar de todos, o la dirección de los niños, es obvio que la instrucción sobre esos asuntos es ventajosa.

*El cuidado y la alimentación de los niños*, por el Dr. Holt y el *Libro de Cocina* de la escuela de cocina de Boston, por Farmer, serán muy útiles.

Cuando los niños empiezan a fijarse en los libros se recomiendan por sí mismos los siguientes *Mother Goose*, *Rimas*; *Cuentos de Hadas*, de Grimm; *Mujercitas* por Alcott, y *Robin Hood*. A éstos pueden agregarse *Un viaje alrededor del mundo*, por Franck, y la *Historia de la Humanidad*, por Van Loon.

En cuanto a lo que puede interesar al padre de familia cuando en las primeras horas de la noche puede disfrutar del descanso en el hogar, sería necesario un compendio de historia universal que incluyese los tiempos antiguos, un resumen de Grecia y Roma, de la Europa Continental, de Asia, y una historia más completa de Inglaterra y las Islas Británicas. Esto se encuentra en la edición revisada *Outlines of World's History*, por Fisher. Por supuesto que la biblioteca debe contener una buena historia de Estados Unidos.

La autobiografía de Franklin, *Washington* por Lodge y *Lincoln* por Charnawood son tres nombres especialmente dignos de un sitio en la biografía americana.

Dos libros de consulta son necesarios: un diccionario y un atlas.

Un libro modelo sobre nuestras instituciones y nuestro Gobierno, cuyos principios deben ser cuidadosamente estudiados y entendidos por todo ciudadano es *El Estado Americano* (The American Commonwealth), por Bryce.

También debe haber algo de poesía; pero en vez de limitarse a uno o dos volúmenes de unos pocos autores, sería mejor adquirir una colección que contenga algunas de las mejores composiciones de muchos de ellos. Para este objeto *El libro de Versos del Ho-*